

## CAPITULO V

### Resistencias.—La reina y Austria. (Octubre-Febrero)

Irritación de la reina (Octubre).—Complots de la corte.—El rey prisionero del pueblo (Noviembre-Diciembre).—La reina desconfía de los príncipes.—La reina poco ligada con el clero.—La reina había sido siempre dirigida por Austria.—Austria interesada en la pasividad del rey.—Luis XVI y Leopoldo se declaran partidarios de las Constituciones, Febrero-Marzo.—Proceso de Besenval y de Favras; muerte de Favras, 18 de Febrero.—Abatimiento de los realistas.—Grandes federaciones del Norte.

Del espectáculo sublime de la fraternidad, caigo en tierra ¡ay! entre las intrigas y los complots.

Nadie apreciaba la inmensidad del movimiento; nadie medía aquel flujo rápido, invencible, que va en aumento desde Octubre á Julio.

Poblaciones, hasta entonces extrañas entre sí, se ligaban y acercaban. Ciudades alejadas unas de otras, provincias todavía divididas por antiguas rivalidades iban dándose la mano, fraternizando. Este hecho tan nuevo, tan extraordinario, apenas fué notado por los grandes espíritus de la época.

Si la reina y la corte se hubiesen fijado en ello, hubieran cesado aquellas inútiles resistencias. Cuando el Océano se encrespa, ¿quién osará marchar contra él?

La reina se engañó en el punto de partida y permaneció engañada desde entonces.

Creyó que el 6 de Octubre era una algarada preparada por su enemigo el duque de Orleans contra ella.

Cedió á la fuerza; pero antes de partir conjuró al rey, por el nombre de su hijo, que no iría á París sino á esperar el momento propicio en que pudiera alejarse.

Desde el primer día, rogándole el alcalde de París que fijara allí su residencia, diciéndole que el centro del imperio era la morada natural de los reyes, no obtuvo de Luis XVI más que esta respuesta: «Haré voluntariamente de París mi residencia *más habitual*.»

El día 9, en la proclamación del rey, dice éste que *hubiera lamentado ser causa de tumultos* por no apresurarse á venir á París; que una vez terminada la Constitución, realizaría su proyecto de *ir á visitar sus provincias*, donde esperaba recibir pruebas de afecto y verlas *aplaudir y alentar á la Asamblea nacional*, etc.

Esta carta ambigua, que parecía provocar el abatimiento de los realistas, decidió á la comunidad de París á escribir á las provincias, asegurándolas contra ciertas insinuaciones y rumores referentes á un complot que pudiera dar al traste con el nuevo orden de cosas; ofreciendo una fraternidad sincera á todas las comunidades del reino.

La reina no quiso recibir á los vencedores de la Bastilla, que fueron á presentarla sus homenajes. Recibió á las mujeres del mercado, pero á distancia y como separada y defendida de ellas por las largas colas de las damas de la corte, que se colocaron delante.

Así alejó á una clase muy realista; aquel día muchas mujeres del mercado olvidaron el 6 de Octubre.

Estas torpezas de la reina contribuían á disminuir la confianza, que de todos modos no hubiera subsistido por las tentativas de la corte, siempre abortadas y descubiertas.

De Octubre á Marzo se descubre un complot casi todos los meses (Augeard, Favras, Maillebois, etc.)

El 25 de Octubre es detenido Augeard, guardasellos de la reina y se encuentra en su casa un plan para llevar al rey á Metz.

El 21 de Noviembre, en la Asamblea, el comité de informaciones, provocado por Malouet, le hace callar, diciéndole que existe un nuevo complot para trasladar al rey á Metz y que Malouet mismo lo conoce perfectamente.

El 25 de Diciembre se detiene al marqués de Favras, que reclutaba gente para robar el rey.

Si se hubieran propuesto turbar para siempre la imaginación del pueblo, volverle loco de desconfianza y de temores, rodeándole así de tinieblas y complots, hubieran hecho exactamente lo mismo que hacían: mostrar al pueblo, como consecuencia de conspiraciones mal hechas, el rey fugándose á cada instante, el rey á la cabeza del ejército, el rey volviendo á atacar por hambre á París.

Sin duda, suponiendo las resistencias menos fuertes, hubiera valido más haber cogido al rey y á la reina y haberles puesto en la frontera, su verdadero sitio, para que inspirasen lástima en Austria.

Pero en el estado incierto en que se encontraba la pobre Francia, teniendo por jefes una Asamblea de metafísicos y contra ella hombres de acción como M. de Bouillé, como los oficiales de marina, como los gentilhombres bretones, era bien difícil dejar suelto al rey, dar á todas estas fuerzas lo único que les faltaba: unidad.

El pueblo velaba noche y día; rondaba incesantemente alrededor de las Tullerías y no se fiaba de nadie.

Todas las mañanas iba á preguntar si el rey no se había ido. La guardia nacional y su comandante respondían de ello.

Circulaban mil rumores, que reproducían los periódicos violentos, furiosos, denunciando con cualquier pretexto un nuevo complot... Las gentes moderadas se indignaban, negaban, no querían creerlo... Al día siguiente el complot estaba descubierto. El resultado de todo ello fué que el rey, que en Octubre no estaba, en modo alguno, prisionero, lo estaba en Noviembre y Diciembre.

La reina había desaprovechado un momento único, admirable, irreparable, el momento en que Lafayette y Mirabeau se encontraron de acuerdo en favor suyo (fines de Octubre).

La reina no quería ser salvada por la Revolución, por Mirabeau, por Lafayette; animosa y soberbia, verdadera princesa de la casa de Lorena, quería vencer y vengarse.

Se arriesgaba con sobrada ligereza, pensando como Enriqueta de Inglaterra en una tempestad, que las reinas no podían ahogarse.

María Teresa había estado en gravísimo riesgo de perecer y no había perecido. Este recuerdo heroico influía mucho sobre la hija.

Había una diferencia; la madre tenía en su favor al pueblo. La hija lo tenía en contra.

M. de Lafayette, poco realista antes del 6 de Octubre, lo es después sinceramente. Había salvado á la reina y protegido al rey, y siente adhesión hacia ellos.

Los esfuerzos prodigiosos que el mantenimiento del orden exigen de Lafayette le hacen desear vivamente que la autoridad recobre la fuerza, y por esto escribió dos veces á M. de Bouillé, rogándole venga á unirse á él para salvar la realeza. M. de Bouillé se lamenta amargamente en sus *Memorias* de no haberle escuchado y atendido.

Lafayette había hecho una cosa agradable á la reina; alejar al duque de Orleans. Además, le hacía una especie de corte. Era curioso ver al general, al hombre lleno de preocupaciones y trabajos, seguir á la reina á las iglesias y asistir á los oficios de Pascua (1).

Por el rey y por la reina, Lafayette disimula la repugnancia que Mirabeau le inspira.

El 15 de Octubre Mirabeau se había ofrecido, por medio de una nota que su amigo Lamarck, el hombre de confianza de la reina, no enseñó más que al rey.

El día 20, nueva nota de Mirabeau; pero ésta fué enviada á Lafayette, que se avistó con el orador, conduciéndole á casa del ministro Montmorín.

Este inesperado socorro, que parecía llovido del cielo, fué mal recibido.

(1) Creo que Lafayette iba á las iglesias por acompañar también á su devota y virtuosa mujer.

Mirabeau hubiera querido que el rey se contentara con un millón por todo sueldo; que se retirara, no á Metz con el ejército, sino á Rouen, y que desde allí publicara ordenanzas más populares que los decretos de la Asamblea.

Así no habría guerra civil y presentaba al rey más revolucionario que la Revolución misma.

¡Extraño proyecto, que prueba la confianza, la fácil credulidad del genio!... Si la corte lo hubiese aceptado sólo un día, al día siguiente hubiera estado perdido Mirabeau.

En Noviembre pudo ver bien claro lo que podía esperar de aquellos á quienes quería salvar.

Necesitaba Mirabeau el ministerio y á la vez guardar su posición dominante en la Asamblea. Para esto era preciso que la corte le asegurara el apoyo, la connivencia, cuando menos el silencio de los diputados realistas.

Lejos de esto, el guardasellos advirtió y animó á muchos diputados, algunos de la oposición, contra el proyecto. En el ministerio, en los Jacobinos (cuyo club acababa de ser abierto) se trabajó al mismo tiempo para hacer imposible á Mirabeau.

Dos hombres honrados, Montlosier, de la derecha, y Lanjuinais, de la izquierda, hablaron en el mismo sentido. Ambos propusieron é hicieron decretar «que ningún diputado en funciones, ni tres años después de terminadas éstas, pudiera aceptar plaza alguna.»

Así los realistas impidieron llegar al ministerio al gran orador, que hubiera sido el sostén de su partido (7 de Noviembre).

La reina—ya lo hemos dicho—no quería ser salvada por la Revolución y no quería serlo tampoco por la emigración y los príncipes.

Había conocido demasiado bien al conde de Artois para no saber lo mala persona que era. Desconfiaba con razón de su carácter falso.

¿Cuáles eran, pues, sus esperanzas? ¿Quiénes sus secretos consejeros?

No hay que contar á madame de Lamballe (1), linda mujercita, completamente nula, tierna amiga de la reina, pero sin ideas, sin conversación y que no merecía la responsabilidad terrible que se le ha atribuido.

Madame de Lamballe era quien animaba más el verdadero salón de María Antonieta, las recepciones íntimas en el pabellón de Flora. Acudía allí mucha nobleza, un mundo indiscreto, fútil, comprometedor, que creía, como en tiempos de la Fronda, resolverlo todo con sátiras, bromas, chistes y palabras picantes.

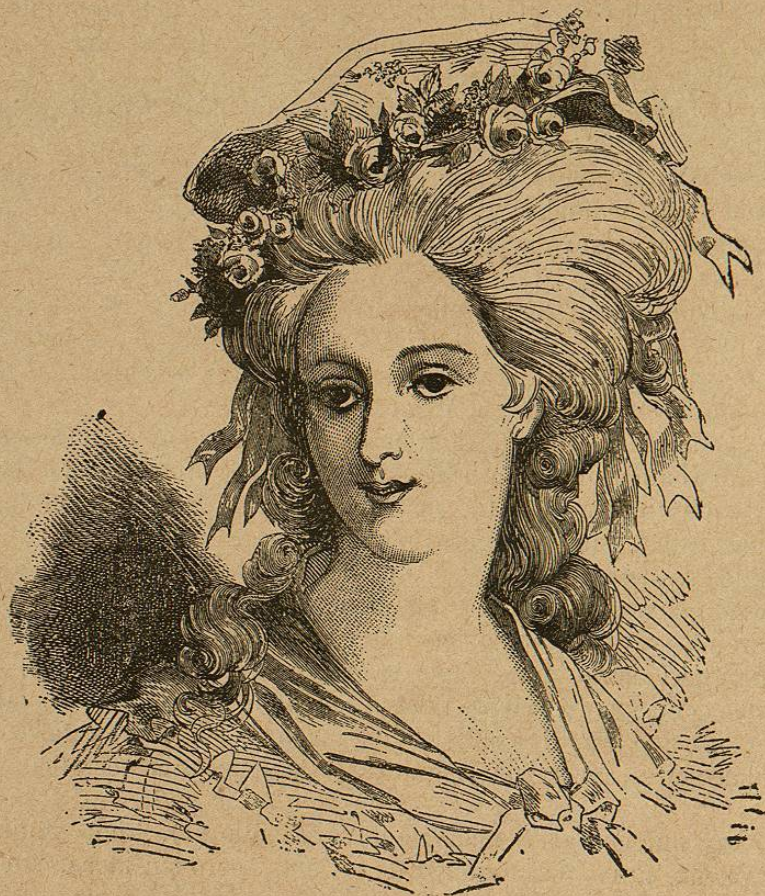
Allí se leía el periódico realista rabioso *Las Actas de los apóstoles*

(1) Linda; esta es la palabra propia; nada más lejos de la belleza que aquella mujer. Tenía las facciones diminutas, poca frente y poco cerebro. Madame de Genlis dice que sus manos eran un poco gruesas. El retrato de Versailles demuestra fácilmente su raza y su país; era una gentil saboyana. Los cabellos, que tenía siempre demasiado empolvados, eran abundantes, admirables.

y se llegó á cantar una romanza sobre el cautiverio del rey que hizo llorar á todo el mundo, amigos y enemigos.

María Antonieta tenía todas sus relaciones con los nobles; muy pocas con el clero.

Los nobles no eran un partido, eran una clase numerosa, dividida,



LA PRINCESA LAMBALLE

poco esforzada, y en cambio el clero era un partido muy compacto y materialmente muy poderoso.

La disidencia momentánea de curas y prelados parecía debilitarlo; pero la fuerza de la gerarquía, el espíritu de cuerpo, el papa, los consejos de la Santa Sede, iban á darle unidad muy pronto.

Entonces por sus miembros inferiores iba á poseer una fuerza enorme, una influencia avasalladora sobre los habitantes de los campos y las aldeas.

Contra el pueblo de la Revolución podía levantar otro pueblo; la Vendée contra Francia.

María Antonieta no vió nada de esto. Aquellas grandes fuerzas morales eran letra muerta para ella.

Soñaba con la victoria por la fuerza material, por Bouillé y Austria.



MADAMA ISABEL (hermana de Luis XVI.)

Cuando el 10 de Agosto se encontraron en el armario de hierro los papeles de Luis XVI, se vió con extrañeza que en los primeros años de su matrimonio no había visto en su joven mujer más que un agente de Austria (1).

Casado, á pesar suyo por M. de Choiseul, con una princesa de aquella

(1) Vigilaba el rey la correspondencia de la reina con Viena por medio de Thugut, á quien ella se confiaba. (Carta fechada el 17 de Octubre de 1774, citada por Brissot, *Memorias*, IV, 120.)

casa, dos veces enemiga, como Lorena y como Austria, y obligado á recibir en su corte al preceptor de la reina, el abate de Vermond, espía de María Teresa, perseveró largo tiempo en su desconfianza, hasta el punto de haber estado diecinueve años sin hablar á Vermond.

Sabido es como la piadosa emperatriz había distribuído los papeles en su numerosa familia, empleando á sus hijas, especialmente, como agentes de su política.

Por Carolina gobernaba Nápoles y por María Antonieta intentó gobernar á Francia. La emperatriz María Teresa, lorenese antes que todo y austriaca, había perseguido diez años á Luis XVI para conseguir que diera el ministerio al lorenés Choiseul, hombre de confianza. Al ménos no intentó hacerle tomar á Breteuil, que, como Choiseul, había estado de embajador en Viena y pertenecía en cuerpo y alma á aquella corte.

La misma influencia, la del abate Vermond sobre la reina, fué la que, en último lugar, disipó los escrúpulos de Luis XVI, haciéndole tomar un ateo para primer ministro: el arzobispo de Tolosa.

La muerte de María Teresa, las palabras severas de José II sobre Versalles y sobre su hermana, parecían deber hacer á ésta menos austriaca, y entonces fué cuando Luis XVI, más tranquilo ya, se confió algo y se decidió á dar los millones que José II quería sacar de Holanda.

En 1789 la reina tenía tres confidentes, tres consejeros; el abate Vermond, austriaco siempre; Breteuil, no menos austriaco, y, finalmente, el embajador de Austria, Mr. Mercy d'Argenteau.

Detrás de este viejo Mercy es necesario ver al que lo maneja, al anciano príncipe de Kaunitz, ministro septuagenario de la monarquía austriaca; y estos dos viejos, que parecían ocupados exclusivamente en su *toilette* y en bagatelas, eran quienes conducían á la reina de Francia.

Funesta dirección, peligrosa alianza. Austria atravesaba una situación tan difícil, que lejos de servir á María Antonieta, no podía ser para ella más que un obstáculo para obrar, un guía para obrar mal, empujándola en toda dirección absurda que pudiera convenir al interés austriaco.

Aquella católica y devota Austria, se había hecho medio filosófica bajo José II y se había quedado totalmente aislada. Contra ella se volvía su propia espada, Hungría; los sacerdotes belgas le habían sublevado los Países Bajos, apoyados por tres potencias protestantes, Inglaterra, Holanda y Prusia.

Entre tanto, ¿qué hacía Austria? Volver las espaldas á Europa y pasarse en los desiertos de Turquía, gastando sus mejores armas en provecho de los rusos.

El emperador no se portaba mejor que el imperio. José II estaba enfermo del pecho y moría desesperado. En los asuntos de Bélgica había demostrado una deplorable versatilidad; primero, amenazas furiosas de matar y quemar; luego las ejecuciones que causaron tanto horror á

Europa, y, finalmente, el 25 de Noviembre una amnistía ilimitada que nadie quiso.

Austria se hubiese visto perdida si la Revolución de Bélgica hubiese encontrado apoyo en la Revolución de Francia (1).

Aquí todo el mundo creía que las dos revoluciones iban á obrar de acuerdo y á marchar al mismo paso.

El más brillante de nuestros periodistas, Camilo Desmoulins, había por propia intuición, unido las dos hermanas, titulando su periódico: *Revoluciones de Francia y de Brabante*.

La dificultad de esto estribaba en que la una era una Revolución de sacerdotes y la otra de filósofos.

Los belgas, sabiendo entre tanto que no podían contar con el apoyo directo de sus protectores, las tres potencias protestantes, se dirigieron á nosotros.

El hombre del clero de los Países Bajos, el gran agitador de la turba católica, Van der Noot, no sintió escrúpulos y escribió á la Asamblea y al rey. La carta fué devuelta (10 de Diciembre). Luis XVI procedió como correcto y buen cuñado del emperador.

La Asamblea despreció á aquella revolución de abates. Las Tulle-rias, enteramente dominadas por el embajador de Austria, cuidaron de adormecer al honrado Lafayette, quien á su vez inconscientemente hizo que la Asamblea no diera importancia al asunto.

El hombre de confianza de la reina, Lamarck, partió en Diciembre para ofrecer su espada á los belgas, sus compatriotas, contra los austriacos. Bajo este falso pretexto, ocultaba la misión que le había confiado la reina, y por consecuencia el embajador de Austria. Esperaba la reina que Lamarck, con sus aires de gran señor, amable y amigo de novedades, podría servir de mediador y hasta hacer aceptar á los belgas, hasta entonces vencedores, un medio de terminar la lucha, consistente en una Constitución bastardeada bajo el régimen de un príncipe austriaco. Con este nombre de Constitución, adormecía á Lafayette.

Lamarck, justamente sospechoso al partido de los clérigos belgas y de la aristocracia, encaminó sus trabajos al partido que se titulaba de los *progresistas*. El Austria, para dividir mejor á sus enemigos, se titulaba entonces amiga del progreso. Los alardes de reformador y filántropo que hacía Leopoldo, ayudaban mucho á esta mentira.

En su participación indirecta en todo esto, la reina se hizo gran

(1) Un movimiento vigoroso, aunque fuese una contrarrevolución, podía establecer un pre-juicio. Si nuestros obispos, por ejemplo, hubieran sido ayudados por el rey en sus tentativas, si obtenían alguna ventaja, su triunfo envalentonaría á los prelados belgas que luchaban contra Austria. Conviene á esta por el momento hacerse moderada y aun liberal, para atraerse á los progresistas belgas, cuyo liberalismo moderado se parecía mucho á las ideas de Lafayette. Si Lafayette hubiera apoyado á estos progresistas, hubieran rechazado seguramente la mano que Austria les tendía, prefiriendo la unión á Francia.  
Por esto el interés austriaco era que nada se hiciese en Francia, ni en un sentido ni en otro.